

Discursos hegemónicos y política de seguridad estadounidense en el hemisferio occidental tras la Guerra Fría: sus implicaciones y consecuencias para Latinoamérica

Hegemonic discourses and the US security policy in the Western Hemisphere after the Cold War: its implications and consequences for Latin America

José Luis Neila Hernández*
Ekaterina Kosevich**

RESUMEN

La nueva agenda internacional, la mayor complejidad en las interacciones y el cosmos más heterogéneo de actores son determinantes en las nuevas aristas semánticas de la seguridad y los debates y prismas que han ido emergiendo desde la teoría de las Relaciones Internacionales. Desde estas premisas el objetivo de estas páginas se concreta en el análisis de las conexiones entre el protagonismo que desde medios académicos y político-institucionales norteamericanos se confirió a los imperativos sobre la seguridad, los diseños y discursos hegemónicos de Estados

* Doctor en Historia Contemporánea y Catedrático de Universidad del Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid. Dirección de correo electrónico: joseluis.neila@uam.es. ORCID: orcid.org/0000-0001-7598-9878

** Doctora en Ciencia Política y Profesora titular e investigadora titular del Laboratorio Internacional de Estudios del Orden Mundial y el Nuevo Regionalismo de la Universidad Nacional de Investigación “Escuela Superior de Economía” (HSE University, Moscú, Rusia). Correo electrónico: ekaterina.kosevich@gmail.com, ekosevich@hse.ru. ORCID: orcid.org/0000-0002-8056-8426. Recibido: 9 de agosto de 2022. Aceptado: 31 de enero de 2023.

Unidos tras la Guerra Fría y, finalmente, como estos debates y diseños políticos desde Estados Unidos se trasladaron al ámbito de sus relaciones con Latinoamérica. El artículo muestra cómo han cambiado las prioridades y los mecanismos clave de la política de seguridad de EE.UU. en Latinoamérica desde el final de la Guerra Fría y hasta 2022. Se concluye que, a pesar de la transformación de los enfoques de varias administraciones estadounidenses hacia esta región, Washington trataba de lograr el mismo objetivo: imponer su hegemonía.

Palabras clave: Estados Unidos – Latinoamérica – defensa – seguridad – cooperación.

ABSTRACT

The new international agenda, greater complexity in the interactions, and the more heterogeneous universe of actors are decisive in the new security semantic edges, the debates, and prisms, emerged from the theory of International Relations. The purpose of this study is to analyze the connections between the protagonism that North American academic and political-institutional circles conferred on security imperatives, the designs and hegemonic discourses of the US after the Cold War and to examine how these debates and political designs materialized in the sphere of bilateral relations with Latin America. The article shows how the priorities and key mechanisms of US security policy in Latin America have changed since the end of the Cold War and until 2022. It concludes that despite the transformation of the approaches of several American administrations to this region, Washington was trying to achieve the same goal: to impose its hegemony.

Keywords: USA – Latin America – defense – security – cooperation.

I.- INTRODUCCIÓN

El jueves 9 de diciembre de 2021 daba comienzo la Cumbre por la Democracia promovida desde la Administración Biden, en cuyo panel de invitados figuraban 110 países. El objetivo del encuentro era “establecer una agenda positiva para la renovación democrática y abordar las mayores amenazas a las que se enfrentan las democracias hoy en día a través de la acción colectiva”.

Los criterios y las credenciales democráticas de los invitados y de los ausentes distarían mucho de ser objetivas. Al foro asistiría la “Polonia antiliberal, pero no la Hungría antiliberal”. El “Presidente autoritario de Brasil, Jair Bolsonaro, es un demócrata aceptable para Joe Biden, pero no el Presidente democráticamente elegido de Bolivia, Luis Arce”.

Mientras la Casa Blanca argumentaba que “ninguna democracia, incluida la de Estados Unidos, es perfecta”, los ausentes al evento suscitaban argumentos en torno al objetivo de Estados Unidos para “crear un club de democracias alineadas con Occidente, junto con algunas incipientes en otros lugares que Estados Unidos quiere tener a su lado para contrarrestar a China y Rusia” (Santamaría, 2021). Los imperativos de seguridad en clave geopolítica determinarían la agenda y

los participantes de la cumbre propiciados desde Estados Unidos.

La seguridad devino en uno de los conceptos claves de la política exterior estadounidense y sus imaginarios hegemónicos tras la II Guerra Mundial. Tras la Guerra Fría, las profundas alteraciones que se fueron poniendo de manifiesto en un sistema internacional caracterizado por su globalismo, su interdependencia y su policentrismo, especialmente con el amanecer del siglo XXI, en modo alguno relegarían la centralidad conceptual de la seguridad en la práctica y la teoría de las relaciones internacionales. Una teoría cuyo desarrollo ha venido configurado por su americanocentrismo. Desde estas premisas, el objetivo de estas páginas se concreta en el análisis de las conexiones entre el protagonismo que desde medios académicos y político-institucionales norteamericanos se confirió a los imperativos sobre la seguridad, los diseños y discursos hegemónicos de Estados Unidos tras la Guerra Fría y, finalmente, como estos debates y diseños políticos desde Estados Unidos se trasladaron al ámbito de sus relaciones con Latinoamérica.

El estudio de los discursos de hegemonía y la política de seguridad de Estados Unidos hacia el hemisferio occidental lo sustentamos desde una serie de premisas o hipótesis. En primer

término, tras la Guerra Fría la seguridad acapararía la atención no solo de la comunidad política y estratégica, sino también de los medios académicos, en particular desde la teoría de las relaciones internacionales.

Los estudios de relaciones internacionales se habían desarrollado en el curso del siglo XX desde un evidente americanocentrismo como una proyección más del American Century. Su gravedad, en términos epistemológicos y ontológicos, seguiría en buena medida determinando los debates y el *mainstream* en la teoría de relaciones internacionales. Los cambios sobrevenidos tras la Guerra Fría, a tenor la nueva agenda y la nueva tipología de conflictos, nutrirían el debate en torno a la seguridad. Se harían más visibles nuevos enfoques desde nuevas perspectivas, como la teoría crítica, el postestructuralismo, el reflectivismo o la teoría feminista en las relaciones internacionales.

En segundo lugar, el reacomodo internacional y el marco ideacional desde el que se erigen nuevos proyectos e imaginarios hegemónicos, desde los cimientos del Destino Manifiesto tras la Guerra Fría, situarían las premisas de seguridad, pese a sus diferentes versiones y contextos, en un lugar privilegiado en la formulación y ejecución de la política exterior y de seguridad de las diferentes administraciones estadounidenses, desde George W. Bush hasta Joe Biden.

Y, en tercer lugar, el hemisferio occidental sería un escenario siempre relevante desde la óptica de los proyectos y discursos hegemónicos estadounidenses y sus proyecciones en términos de seguridad.

La política de seguridad de Estados Unidos hacia Latinoamérica se caracteriza por su naturaleza dual. Por un lado, ninguna otra potencia tiene un despliegue y una influencia militar a tal escala en Latinoamérica como Estados Unidos. Y por otro, la estrategia de Washington hacia sus vecinos más cercanos ha experimentado cambios significativos a partir del final de la Guerra Fría hasta principios de 2022. No obstante, los escasos avances en la política de seguridad estadounidense en Latinoamérica no son ajenos a la presencia de "desequilibrios estructurales" que caracterizan el diálogo entre los medios militares estadounidenses y los gobiernos latinoamericanos, que con renovado vigor reviven la memoria de las aspiraciones hegemónicas de Estados Unidos hacia sus vecinos más cercanos y, simultáneamente, estimulan los sentimientos centrífugos a favor del desarrollo de una contra-hegemonía estable o de un nuevo equilibrio.

A tenor de estas premisas y al albur de los cambios en el sistema internacional, el presente texto afronta el modo como las diferentes administraciones estadounidenses y la comunidad epistémica han modelado

sus conceptos de seguridad a partir de sus discursos y prácticas hegemónicas hacia el mundo latinoamericano. Una política de seguridad sensible a las propias dinámicas internas en el

hemisferio occidental y la actividad de los actores internacionales, especialmente la República Popular China, en el “patio trasero” de Washington.

II. ESTADOS UNIDOS Y LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: REPENSAR LA SEGURIDAD Y REFORMULAR LA HEGEMONÍA DESDE EL DESTINO MANIFIESTO

El final de la Guerra Fría habría levantado el telón de una sociedad internacional en la que habían emergido, en toda su magnitud, procesos que hasta ese momento habían sido distorsionados por el conflicto Este-Oeste y habría mostrado un mundo, por un lado, más uniformizado por la globalización e interdependencia impulsada por una economía mundializada y el desarrollo tecnológico, y por otro, más heterogéneo y complejo, por su policentrismo, la pluralidad de actores y tradiciones culturales, y jerarquizado y asimétrico por la fractura Norte-Sur.

La tensión universalidad-diversidad y unipolaridad-policentrismo se manifestarían con toda su amplitud y contradicciones en este tiempo de tránsito. Una evidencia constatada en la inmediata post Guerra Fría fue, en opinión de Juan Carlos Pereira, que “ninguna potencia puede garantizar por sí sola la estabilidad y el equilibrio internacional” (Pereira, 1996, p. 516). El mundo apuntaría, tal como afirmaba Celestino del Arenal en 1993, hacia una

sociedad internacional que “avanza al mismo tiempo hacia la unipolaridad y la multipolaridad” (Arenal, 1993, pp. 89-91). La globalización, argumenta James Cockayne, habría ido más lejos y habría sido más profunda que la del período inicial de la liberalización del último tercio del siglo XIX hasta el período de entreguerras. En el curso de ese proceso, “la globalización ha dispersado el poder mucho más allá a través de todo el sistema internacional” (Cockayne, 2010, p. 10).

Desde los medios académicos y oficiales estadounidenses, tras el final de la Guerra Fría, sería muy habitual y natural la tendencia a pensar y a actuar como si el mundo fuese, en realidad, unipolar y nucleado en torno a la condición hegemónica de Estados Unidos.

El debate teórico y conceptual sobre la proyección hegemónica estadounidense y la centralidad de la problemática de la seguridad se pondría de manifiesto tanto en la propia agenda de la teoría de las relaciones

internacionales como en las controversias en torno a la condición hegemónica e imperial de Estados Unidos. El etnocentrismo estadounidense en la teoría de las relaciones internacionales, como bien argumenta Celestino del Arenal, es en sí mismo una construcción social –una “ciencia social americana”– más que una verdad objetiva. La “absoluta hegemonía de que hasta fechas recientes ha disfrutado la teoría de las relaciones internacionales desarrollada en Estados Unidos, al imponer una interpretación política, económica y social de las mismas en términos universales” ha sido determinante en la construcción social no solo de la “teoría y la disciplina de las Relaciones Internacionales con pretensiones y vocaciones universales, sino igualmente la propia realidad internacional” (Arenal, 2015, p. 37; Buzan y Lawson, 2012, p. 3; y Hoffman, 1991, pp. 25-26).

En el horizonte de la post Guerra Fría, la seguridad ocuparía un lugar primordial no solo por la envergadura, la complejidad y la globalidad de las incertidumbres y riesgos, sino también por la resemantización del propio concepto que acabaría por desbordar su componente estratégico, político y militar, que hasta este momento había caracterizado su agenda.

La seguridad ha sido una de las subdisciplinas principales de las relaciones internacionales. En términos epistemológicos y ontológicos, la noción

de seguridad experimentaría un extraordinario dinamismo desde la década de 1980 y en especial tras el final de la Guerra Fría. Karlos Pérez de Armiño distingue al menos tres concepciones: la concepción objetiva de la seguridad, característica del enfoque tradicional, que la interpreta como “ausencia de amenazas materiales y militares concretas”; la concepción subjetiva, que gravitaría sobre la ausencia de temor o sentimiento de amenaza y que trata de complementar “la visión objetiva con factores ideacionales que también inciden en las decisiones de los estados”; y la concepción discursiva, en virtud de la cual la seguridad “no puede definirse en términos objetivos, sino que es un discurso construido” (Pérez de Armiño, 2015, pp. 302-303).

Tras la II Guerra Mundial y durante la Guerra Fría el enfoque tradicional sería predominante, especialmente desde Estados Unidos, caracterizado por el estatocentrismo y la dimensión estratégico-militar y una metodología positivista. El concepto de seguridad, más inclusivo que sus precedentes como defensa o guerra, se orientaría al desarrollo de un *corpus* teórico y político para orientar el poder global de Estados Unidos. Desde el plano de la teoría de las relaciones internacionales sería el enfoque realista el ámbito donde encontraría un acomodo más natural el enfoque clásico sobre la seguridad. En el curso del tiempo transitarían versiones clásicas como

las de Hans Morgenthau (1948), Henry Kissinger (2010) o Raymond Aron (1963), los planteamientos neorrealistas de Kenneth N. Waltz (1979) y su teorización sobre el sistema internacional en 1979, el realismo estructural defensivo de Stephen M. Walt (1987) o el realismo ofensivo de John Mearsheimer (2001) sobre la naturaleza estructural de la guerra.

Aún dentro de los parámetros del estatocentrismo, el predominio de lo estratégico y lo militar y el positivismo metodológico, el liberalismo incorporaría diversas aproximaciones teóricas desde las últimas décadas de la Guerra Fría, enfatizando los elementos cooperativos en las relaciones internacionales y las prácticas de la seguridad colectiva. En esta línea, tal como argumenta Karlos Pérez de Armiño, se encaminaría desde los planteamientos tradicionales del liberalismo kantiano hasta los planteamientos del “liberalismo económico o comercial” y la argumentación clásica en torno a las bondades de la globalización y la expansión del libre mercado como fundamentos de la “paz liberal”, el “liberalismo republicano o político” que cristalizarían en las tesis de la paz democrática de Michel Doyle (1983) y el supuesto histórico de que las democracias no se hacen la guerra entre sí o las teorías del “institucionismo liberal” promovido por autores como Robert Keohane (1984) y Robert Axelrod (1984), a cuyo juicio las instituciones internacionales si bien no pueden superar la anarquía

del sistema internacional sí pueden contribuir a su estabilidad y mitigar el conflicto.

Tras el final de la Guerra Fría los enfoques liberales mostraron mayor capacidad explicativa que el realismo para enfrentarse a la nueva realidad internacional. En este contexto, se incorporarían nuevos temas a la agenda de estudio a tenor de los cambios en el sistema internacional como el fin de la bipolaridad de la contención, el debate en torno a la unipolaridad del poder estadounidense o nuevos desafíos hegemónicos a tenor de la influencia global de la República Popular China. Más adelante, los atentados del 11 de septiembre de 2001 y el lanzamiento de la Guerra Global contra el Terror por la Administración estadounidense tendrían una apreciable incidencia en los estudios sobre la seguridad, tanto en los enfoques tradicionales como en los estudios críticos.

En este nuevo marco, autores como Colin Elman advierten del modo en cómo el nuevo escenario habría reforzado los enfoques tradicionales y la agenda de la seguridad militar. En cambio otros, como Barry Buzan y Lene Hansen, consideran excesiva esa apreciación dado que apenas habría afectado a agendas de investigación en marcha como las causas de las guerras, la paz democrática o el impacto tecnológico en la seguridad (Pérez de Armiño, 2015, pp. 310-311).

En este contexto histórico y en esta encrucijada en el orden intelectual trascendería el cuarto debate de la disciplina. Un debate escenificado, como acertadamente ha analizado Kepa Sodupe, entre racionalistas y reflectivistas. Los primeros, herederos de la tradición de la Ilustración, se moverían entre los planteamientos del neorrealismo, caracterizado en la obra de Kenneth N. Waltz y la preocupación en torno a la seguridad y no tanto sobre el poder, y del neoliberalismo, en torno al cual se descentralizaría la preocupación en torno a la seguridad como temática predilecta para ampliar la agenda internacional. Frente a ellos, los enfoques reflectivistas plantearían una actitud crítica hacia a la filosofía positivista predominante en la disciplina (Sodupe, 2003, pp. 51-75).

Cabría, por tanto, distinguir dos grandes enfoques epistemológicos en el análisis de la seguridad desde la teoría de las relaciones internacionales: de un lado, el enfoque “racionalista o positivista”, cimentado en una concepción objetiva de la seguridad y que, como acabamos de mencionar, gravita básicamente sobre una perspectiva estatocéntrica y primordialmente político-militar, y de otro, los enfoques “pospositivistas o reflectivistas” que contemplan que la seguridad no puede analizarse a través de metodologías positivistas de causalidad o de cuantificación, sino “observando, por ejemplo, los procesos de construcción de las

amenazas o las identidades” (Pérez de Armiño, 2015, p. 304). El primer enfoque ha sido predominante y lo sigue siendo en Estados Unidos. El segundo, en cambio, habría tenido mayor arraigo en Europa y en comunidades epistemológicas periféricas.

Tanto los enfoques globalizadores liberales como los enfoques críticos habrían comenzado a cuestionar el paradigma estatocéntrico en las últimas décadas de la Guerra Fría. Una de las obras más influyentes, desde el plano de la seguridad, sería la de Barry Buzan, *People, States and Fear*, publicada en 1983, que sin abandonar la metodología positivista dominante, cuestionaría dos dogmas del enfoque tradicional: la seguridad como una dimensión exclusiva de los Estados y la primacía del componente político-militar.

Los cambios e incertidumbres que caracterizarían el mundo de la post Guerra Fría ilustraban con toda su amplitud, desde la perspectiva de la seguridad, que la naturaleza de esta venía definida por su multidimensionalidad y globalidad (Barbé, 1995, p. 279 y Arenal, 1993, p. 87). Esta realidad no era nueva, puesto que se remontaba más allá de la Guerra Fría hasta la propia concepción de la seguridad colectiva tras la Gran Guerra, pero la casuística, la naturaleza de los conflictos y la agenda se habían transformado sustancialmente en la post Guerra Fría. Tras esta se habría ido produciendo

una desmilitarización de la agenda en torno a la seguridad, de modo que los planteamientos y el pensamiento estratégico habrían tendido a desbordarse desde una óptica estatocéntrica hacia una panorámica más proyectada hacia las sociedades y desde un marco nacional hacia un concepto más global de la seguridad, dando cabida no solo a las problemáticas diplomáticas, militares y geoestratégicas, sino también económicas, culturales y políticas.

La fractura Norte-Sur adquiriría un marcado protagonismo en la post Guerra Fría, al erigirse en uno de los escenarios que con mayor densidad y nitidez expresaría las líneas de tensión y de fractura estructurales en la arena internacional. Desde la década de los noventa emergería una “nueva agenda de seguridad”, particularmente en Europa, pero también en Estados Unidos, en la que se incluirían “factores medioambientales, económicos, sociales y de política interna -migraciones, contaminación, violaciones a los derechos humanos- junto con las amenazas militares a la seguridad” (Sánchez Mateo, 2002, pp. 20-21).

A la reflexión en torno a la propia noción de seguridad se incorporarían otras cuestiones en la agenda de investigación frente a la perspectiva tradicional como ¿cuál es el sujeto referente de la seguridad? El desbordamiento del perímetro del Estado, actor indiscutible en el realismo, se pondría en evidencia desde diversos enfoques en

distintas épocas, caso del idealismo liberal, la investigación para la paz o los estudios críticos al subrayar que “todos los seres humanos constituyen una comunidad con derechos universales”. Se habría ejecutado una “estrategia discursiva de profundización, esto es, de cuestionamiento del Estado como sujeto central de la seguridad” (Pérez de Armiño, 2015, pp. 314-315). A estas cuestiones le sobrevendrían otras no menos relevantes: ¿por qué medios garantizar la seguridad? o ¿cómo debe estudiarse la seguridad? Cuestiones que habrían surgido ya en tiempos de la Guerra Fría en campos como los de control de armas o, con mayor incidencia, en los estudios sobre la seguridad en el enfoque de investigación para la paz que emergió desde las décadas de 1960 y 1970, especialmente en Europa y Japón, ya que en Estados Unidos, donde predominaba una epistemología behaviorista y cuantitativista, alcanzó una modesta implantación.

La seguridad, en los términos holísticos en que se resemantizaría tras la Guerra Fría, ocuparía un lugar privilegiado en los proyectos y diseños de hegemonía pincelados desde la cultura política y las diferentes administraciones estadounidenses.

A pesar de los argumentos evocados por las más pesimistas aproximaciones académicas, afirman Alan P. Dobson y Steve Marsh, las ideas de democracia y multilateralismo en el Nuevo Orden Mundial se extenderían. Para

los liberales demócratas idealistas, las restricciones sistémicas de los modelos realistas y neorealistas eran discutibles –especialmente el imperativo de maximizar el poder de los Estados para garantizar la seguridad y la pretendida superioridad del Estado y los valores comunitarios sobre los valores cosmopolitas y universales– (Dobson y Marsh, 2006, p. 133).

La posición de Estados Unidos a la hora de repensar el ejercicio de su hegemonía en este horizonte de valores universales polarizaría el debate entre teóricos cosmopolitas y comunitaristas.

James R. Huntley, en su obra *Pax Democratic. Strategy for the 21st Century*, publicada en 1998, trataba de articular estas perspectivas a partir de una propuesta para alcanzar una alianza de democracias con el fin de fomentar las comunidades económicas y de seguridad que podrían actuar multilateralmente para promover una comunidad de paz democrática. En este sentido, criticaría más adelante los obstáculos y las reticencias realistas al multilateralismo, especialmente durante el mandato de Georges W. Bush. El nuevo idealismo se sustentaría sobre tres convicciones: en primer término, no habría una alternativa a la democracia liberal occidental; en segundo lugar, las democracias no hacen la guerra entre ellas, y por último, bajo el liderazgo estadounidense habían proliferado las

acciones multilaterales. En opinión de Alan P. Dobson y Steve Marsh esas convicciones eran argumentalmente cuestionables: la primera proyectaría una concepción extremadamente rígida y cerrada; la segunda ignoraba las críticas de teóricos como Mearsheimer y si bien era cierto que los Estados democráticos no hacían la guerra entre sí, no menos cierto sería que sí la hacían contra Estados no democráticos. Finalmente, la tercera asunción no resistía la evidencia de la historia. Las críticas académicas sobre el ejercicio del poder estadounidense insisten en la manipulación que Estados Unidos había realizado del lenguaje del idealismo en función de sus propios intereses y, en consecuencia, sus propósitos no serían tan diferentes de otras formas tradicionales del poder para promover su seguridad en un mundo anárquico.

Parece cristalizar un cierto consenso o convergencia académica entre el realismo y el idealismo, en el sentido de promover un discurso donde se reconciasen los presupuestos universales aclamados en el corolario moral de la cultura política estadounidense y la asunción implícita de que Estados Unidos tendría la capacidad para moldear el Nuevo Orden Mundial y crear una nueva estrategia que reemplazase el legado de incertidumbre que devino del final de la Guerra Fría y de la contención. En esta línea abundarían planteamientos teóricos de amplia influencia en medios académicos

y políticos, como las tesis sobre la paradoja del poder americano de Joseph S. Nye, desde una óptica liberal-realista en torno a la concepción del poder abundando en una visión más compleja, distinguiendo entre la noción realista del poder, que gravitaría principalmente sobre los fundamentos económicos, militares y políticos, que tipificaría como *hard power* y el *soft power*, amparado en la capacidad de persuasión, a través de recursos culturales, científico-tecnológicos o de la información y la comunicación que se polarizarían sobre el atractivo ejercido por la democracia liberal en el mundo y la iconografía del estilo de vida americano. En este sentido la política exterior se canalizaría no solo a través de la coacción, sino también desde la persuasión.

No menos influyentes sobre la cultura política estadounidense, especialmente entre los círculos neoconservadores durante la Administración del Presidente George W. Bush, serían los planteamientos de Charles Krauthammer que expondría en un ensayo titulado “The Unipolar moment” publicado en 1990 en la revista *Foreign Affairs* poco después de la caída del Muro de Berlín. El mundo en 1990 era unipolar, no multipolar, y advertía contra las tentaciones aislacionistas conservadoras. Subrayaba, asimismo, que el mundo era menos seguro en la post Guerra Fría por la agresividad de los pequeños Estados armados. Los acontecimientos

del 11 de septiembre de 2001 no harían más que enfatizar esas incertidumbres. A comienzos del nuevo milenio no había -a su juicio- ninguna potencia que pudiera disputar la hegemonía a Estados Unidos, salvo China que aparecía como un potencial competidor. Los planteamientos de Charles Krauthammer defendían las bondades de la unipolaridad como fórmula para preservar la paz al amparo del Derecho y la moralidad internacional y el poder como garantías para evitar el caos. Sin embargo, su planeamiento teórico, como las argumentaciones de los neoconservadores, son muy vagas acerca del modo en cómo reconciliar o moldear espacios de convivencia entre los intereses americanos y los no americanos, a tenor de la diversidad cultural, de religiones o de la propia concepción social del individuo. La democracia, en su registro discursivo, emergía como una estrategia útil para la paz. La política de la Administración de George W. Bush y los círculos neoconservadores estarían muy influidos por la teoría de la unipolaridad -la era unipolar- conciliando la tradición del idealismo americano -la extensión universal de la democracia y el libre mercado- y el realismo al evocar el uso de la fuerza allá donde fuera necesario.

En esta tesitura, afirma Andrés Ortega, se estaba asistiendo al surgimiento, “en parte por diseño, en parte sobrevenido, de un nuevo imperio global, basado en la absoluta superioridad

militar de EEUU”. El nuevo imperio global, cuyas credenciales se presentarían en la guerra contra el terror, no sería un imperio clásico, ni siquiera en el sentido territorial. Para Chalmers Johnson, autor de *Blowback: The Cost and Consequences of American Empire*, el centenar de bases militares que tenían Estados Unidos por el mundo cumplirían el papel “de las antiguas colonias en los imperios del siglo XIX”. En este contexto emulsionado por la guerra estaría emergiendo –en opinión de Michael Ignatieff– “un nuevo orden internacional para responder a los objetivos imperiales americanos” (Ortega, 2002).

En una línea discursiva que en muchos aspectos recuerda a la literatura de Paul Kennedy o Josep S. Nye, Emmanuel Todd en su obra *Después del imperio*. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano reflexionaría, desde el patrón de auge y declive de las grandes potencias, en torno a la circunstancia de que Estados Unidos deviniesen en un factor de desorden internacional, en un problema y no una solución para la preservación de la libertad política y el orden económico. Sobre la naturaleza cambiante del concepto y de la práctica del poder del imperio uno de los estudios más influyentes sería, sin duda, el estudio abordado por Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, desde cuyas páginas se deslizaba la disipación del imperialismo decimonónico y la articulación de nuevas formas de imperio que en

el caso estadounidense concitaría la convergencia del constitucionalismo norteamericano con nuevas formas de liderazgo de radio universal o global.

No menor sería la incidencia, como han demostrado los acontecimientos posteriores y la deriva de la política exterior global de Estados Unidos, de la tesis de Samuel Huntington, analista de talante conservador y director del Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos en la Universidad de Harvard, “*The Clash of Civilisations?*”, publicado en las páginas de la revista *Foreign Affairs* en 1993. Una tesis polémica y controvertida en el ámbito académico, pero muy influyente en la cultura política exterior y en la opinión pública estadounidense en medio de las incertidumbres que afloraron tras la Guerra Fría y en la que polarizaba la fuente de los conflictos en el nuevo mundo, primordialmente en los factores ideológicos más que en los económicos. Su obra marcaba un cierto contrapunto con el optimismo liberal que desbordaba el artículo de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia publicada en 1989 en las páginas de *The National Interest* y realizada al amparo de la Fundación John M. Olin, y que devendría en un libro bajo el título *The End of History and the Last Man*, publicado en 1992. Pero como contrapeso a esa aproximación optimista y liberal al fin de la historia, de mayor calado filosófico e historiográfico fue la publicación en aquella misma primavera de la obra de Lutz Niethammer, en

el que aborda la *Posthistoire*, donde se ocupaba de las especulaciones sobre el fin de la historia que surgieron en los niveles más altos de la inteligencia europea a mediados del s. XX -Henri de Man, Arnold Gehlen, Bertrand de Jouvenel, Carl Schmitt, Erns Jünger, Henri Lefebvre, Walter Benjamin y Theodor Adorno-.

A estas aproximaciones realistas habría que añadir la obra de John Mearsheimer, profesor de Ciencia Política y teórico de relaciones internacionales de la Universidad de Chicago, que en 1990 argumentaba en el plano de la relación transatlántica que la situación de Europa tras la Guerra Fría se había tornado más insegura. Desde su perspectiva neorrealista estaba persuadido de que la guerra estaba ligada más a la naturaleza y la estructura del sistema internacional que a la naturaleza individual de los Estados. Así el panorama multipolar del poder tras la Guerra Fría generaba una situación más compleja e inestable, principalmente en Europa a tenor del nuevo despertar del “*hyper-nationalism*”. Su diagnóstico sería permeable al optimismo liberal triunfante de la inmediata post Guerra Fría, al confiar en que estas incertidumbres podrían amortiguarse a tenor del impacto de la expansión de la democracia y la interdependencia económica.

Por último, la propuesta teórica que propondría Kenneth N. Waltz para

explicar el sistema internacional de la post Guerra Fría pincelaba un escenario más optimista que el de Mearsheimer. El fundador del neorrealismo o realismo estructural estaba persuadido de que las armas nucleares aumentarían una mayor igualdad entre los Estados y favorecería la distensión. Los Estados continuarían priorizando la defensa de sus intereses nacionales, pero en un mundo en el que la anarquía y la competición estarían moderadas y ordenadas por la distensión nuclear. En ese panorama estructural, la mayor amenaza devendría de la irracionalidad de los “*rogue states*” –Estados gamberros– y su eventual acceso y uso del arsenal nuclear para acciones terroristas (Dobson y Marsh, 2006, pp. 134-137).

A efectos de análisis en torno a la seguridad y sus retos, resultaría sumamente ilustrativa la incapacidad de Estados Unidos por imponer su hegemonía en el mundo de la post Guerra Fría, así como el papel y la pérdida de poder relativo de Europa en el tablero mundial. Desde el final de la Guerra Fría hasta la llegada del candidato demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos, Donald Trump, en 2017, se habrían sucedido cuatro administraciones presidenciales que habían articulado y desarrollado medios y estrategias diferentes que perseguían, con idéntico resultado, un mismo objetivo: imponer su hegemonía. Ninguno, afirma Rafael García Pérez referido a

las tres primeras, conseguiría tal fin: ni el “nuevo orden internacional” pretendido por George Bush, consistente en un proyecto de “sistema internacional democrático, basado en los valores estadounidenses (democracia, libre mercado e imperio de la ley) que defendiera la paz a través de la ONU en defensa de la seguridad entendida en términos globales”; ni la “hegemonía benigna” de Bill Clinton, a partir de un discurso que gravitaba sobre la globalización en torno a la cual se difundió un discurso y una “concepción cooperativa de la política internacional según la cual todos los países podían beneficiarse si colaboraban de forma constructiva bajo el liderazgo estadounidense”; ni el “unilateralismo hegemónico” de George W. Bush forjado tras el 11-S desde los baluartes neocons. Una concepción que alcanzaría su expresión más diáfana en la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre de 2002 que sancionaba la doctrina del ataque preventivo, el unilateralismo y la confianza preeminente en el uso de la fuerza como base de la supremacía (García Pérez, 2009, pp. 675-674). Ni tampoco, cabría añadir, en relación a la presidencia de Barack Obama al implementar una hegemonía inteligente basada en un multilateralismo realista en la que se gestionaría el declive del poder americano salvaguardando la universalidad de sus principios y valores, pero consciente de las ventajas relativas adquiridas por otras potencias emergentes en un mundo multipolar.

Por último, la Administración Trump, en cuya campaña electoral hacia la presidencia trató de desmarcarse no solo de las directrices de la política exterior de su predecesor, sino también de los pilares fundamentales sobre los que se había sustentado la gran estrategia estadounidense en la era de la post Guerra Fría: la preservación de su primacía militar, la consolidación de la política global de puertas abiertas a tenor de la promoción de un orden económico multilateral, y la promoción de la democracia y los derechos humanos en terceros Estados. El triunfo del discurso *anti-establishment* de Trump era en sí mismo un síntoma del debilitamiento del consenso liberal de posguerra (Baldaro y Dian, 2018, pp. 17-45). No obstante, pese al populismo, el narcisismo y el *American First* de su discurso político, la práctica de la política exterior ha estado muy constreñida por el *establishment* de Washington, motivo por el cual no han cristalizado grandes cambios en la política exterior respecto de sus antecesores (Alonso Benito, 2018, p. 20). En opinión de otros especialistas, como Juan Tovar, la cuestión no es tanto la supervivencia del orden liberal internacional como la falta de una visión estratégica en la Administración Trump que permitiera a Estados Unidos afrontar sus enormes desafíos en el sistema internacional (Tovar, 2018, p. 275).

III. POLÍTICA DE SEGURIDAD ESTADOUNIDENSE EN LATINOAMÉRICA

Durante la Guerra Fría, la cooperación en seguridad entre Estados Unidos y Latinoamérica se basaba en el concepto de "luchar contra el comunismo", lo que llevó a un aumento significativo del gasto estadounidense en el campo del complejo militar-industrial, apoyo técnico-militar para la defensa, la seguridad y la aplicación de la ley en la región vecina. También estaba destinado a apoyar la promoción de la expansión económica exterior del capital estadounidense. Así, hacia el final de la Guerra Fría, los conceptos de "asistencia para la seguridad" y "asistencia para el desarrollo" se combinaron para garantizar los intereses privados y públicos de Estados Unidos en Latinoamérica. Sin embargo, ya a finales de la década de 1990 Washington se vio obligado a cambiar su enfoque hacia Latinoamérica. El "giro a la izquierda" en la región suponía un desafío abierto a Washington.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 obligaron a Estados Unidos a reconsiderar sus tácticas para contrarrestar las nuevas amenazas a la seguridad: la estrategia de "ataques preventivos" reemplazó para siempre a la estrategia de "disuasión" que fue la base de la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría. El "repliegue" gradual de Estados Unidos en esta región, que comenzó bajo George W. Bush después del 11 de septiembre,

reorientó la política exterior del país hacia el Medio Oriente y otras regiones. Eso favoreció que los países latinoamericanos, por primera vez en muchas décadas, promovieran una política exterior más autónoma, que se construyera primordialmente sobre la base de sus propios intereses nacionales. Los intentos de Estados Unidos de retornar a la lógica de relaciones "hegemónicas-subordinadas" provocarían un fuerte rechazo de los Estados latinoamericanos. Esto ha contribuido a que la política de defensa y seguridad de Estados Unidos en Latinoamérica haya cambiado sus enfoques y herramientas, tratando de lograr el mismo objetivo: imponer su hegemonía.

Fortalecimiento de la cobertura multidimensional de la política de seguridad de Estados Unidos en Latinoamérica

Tanto a finales del siglo XX como a principios del siglo XXI, en la estrategia de Washington con respecto a la región vecina se ha asignado un papel relevante a los mecanismos especiales de cooperación centrados principalmente en el ámbito de la seguridad y la defensa. Se pueden destacar tres instrumentos claves de seguridad estadounidenses, cuya influencia en Latinoamérica se caracteriza no solo por la estabilidad, sino también por una amplia escala.

El primer ejemplo de una herramienta de este tipo es la Administración de Control de Drogas (DEA), que fue fundada en 1973, convirtiéndose en una organización especial que concentraba las funciones de la policía federal para hacerse cargo de los delitos relacionados con el narcotráfico hacia Estados Unidos. El surgimiento del modelo la DEA como nuevo mecanismo de seguridad estadounidense marcó el inicio de una nueva etapa en la lucha contra las drogas, donde Latinoamérica ocupó de inmediato un lugar importante en el sistema de prioridades (Murphy, 1973).

Durante la década de 1990, DEA estaba aumentando activamente su presencia en Latinoamérica, cuyos Estados se dividieron en varias categorías, cuya pertenencia estuvo determinada por el rol de cada país en la cadena del narcotráfico y el nivel de diálogo político con Estados Unidos. El "grupo prioritario" incluía cuatro países: México, Colombia, Bolivia y Perú. El grupo "menor" estaba integrado por Argentina, Brasil, Ecuador, Guatemala y Venezuela. Todos los demás Estados fueron incluidos en el grupo condicional de "baja prioridad".

En los primeros días de la estrategia de la DEA en Latinoamérica, la atención se centraba en fortalecer las relaciones con los actores clave en la política antidrogas en cada país. Pero durante las primeras décadas del siglo

XXI esta estrategia se ha vuelto más agresiva e invasiva. A nivel regional ha arraigado la opinión de que desde sus inicios la DEA ha conformado un sistema de control de drogas en Latinoamérica basado en el paradigma de "prohibiciones y castigos", donde se asignaba un papel más relevante a los métodos represivos y al uso de la violencia extrema (Pérez, 2018).

La Escuela de las Américas (SOA) es el segundo ejemplo de la palanca política especial de Washington, capaz de ejercer una influencia significativa en las fuerzas armadas de los países de la región. Creada en 1946 como una institución para el desarrollo profesional de las fuerzas armadas latinoamericanas, la SOA fue diseñada de facto para preservar la influencia global estadounidense en el hemisferio occidental, mientras luchaba contra la expansión del "comunismo" y la amenaza de la URSS en la región. En diciembre de 2000, la SOA fue suprimida formalmente, pero solo unos meses después se restableció bajo una nueva denominación, el Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad (WHINSEC). En el siglo XXI, la tarea principal del WHINSEC era la eliminación de cualquier obstáculo a la política neoliberal de Washington en la región. Con el cambio de milenio, la posición de esta organización, que estaba fuertemente asociada con la presencia militar estadounidense en la región, cambió: en 2000 la SOA

recibió una nueva denominación, el WHINSEC. El giro a la izquierda en Latinoamérica vendría acompañado de ajustes en el despliegue del WHINSEC y de DEA en la región.

Desde los primeros años del siglo XXI irrumpiría una nueva herramienta de seguridad de Estados Unidos en Latinoamérica, la cooperación en ciberseguridad. Así, en materia de cooperación y consolidación de esfuerzos regionales en esta área, se asignó un papel especial a la OEA.

El predominio de las escalas regional y subregional, 2000-2008

Una particularidad importante del final de la Guerra Fría fue que el Comando Sur, como instrumento clave del Departamento de Defensa de Estados Unidos en los programas militares estadounidenses en Latinoamérica, recuperó una influencia creciente en la política latinoamericana de Washington. A partir de 1990, el Comando Sur tomó parte activa en la lucha contra las drogas, logrando gradualmente fuentes de financiación estables. Los comandantes sucesivos aumentaron gradualmente este papel, atrayendo un presupuesto mayor con menos restricciones del Departamento de Estado. Los ataques del 11 de septiembre ampliaron aún más el rango de influencia del Comando en la región vecina (Spykman, 1944)¹.

La ausencia de confrontación entre bloques permitió a los países latinoamericanos desarrollar con mayor libertad la cooperación técnico-militar, que paulatinamente adquirió trascendencia geopolítica para Pekín y Moscú. La renovada política exterior de Chávez se basaba en el deseo de reducir la influencia de Estados Unidos, primero en Venezuela, para luego incluir en este proceso al resto de Latinoamérica. Gradualmente, Caracas fue categorizado como amenaza para la seguridad de Estados Unidos.

Con el cambio de siglo, la agenda de seguridad en Latinoamérica se estructuró a tenor de: los problemas de delincuencia y violencia; el tráfico internacional de drogas, y los frecuentes desastres naturales. A su vez, para el Departamento de Estado de Estados Unidos, combatir el narcotráfico y el crimen organizado, así como enfrentar los desafíos de seguridad interna, eran objetivos centrales de la seguridad regional. En este contexto, el enfoque del organismo se centró principalmente en las relaciones con Colombia y la región andina en general, así como en el diálogo bilateral con México².

El Plan Colombia (PC) fue una iniciativa *ad-hoc* para el Hemisferio Occidental, acordada entre los gobiernos de Colombia y Estados Unidos en 1999, y se convirtió en la ley estadounidense

1 <https://www.defense.gov/>

2 The White House (2000) A National Security Strategy for a Global Age.

en el 2000. El PC se convertiría en la base institucional de la cooperación bilateral en las siguientes áreas: el fortalecimiento de la capacidad de las fuerzas armadas colombianas en la lucha contra el narcotráfico y los grupos criminales armados; la promoción de los procesos de desarme, y de reforma judicial, y la mejora de las condiciones económicas y sociales de la población colombiana (Garay, 2009).

La Iniciativa Regional Andina (IRA), que fue lanzada por Bush en 2002, se convirtió en la segunda palanca para “fortalecer” la política de seguridad de Washington hacia Colombia y los países andinos. Su aparición predeterminó el hecho de que el narcotráfico fuera catalogado como una amenaza principal para la seguridad de Estados Unidos (Ponce, 2002)³.

Desde principios del siglo XXI, una de las principales misiones militares estadounidenses en Latinoamérica ha sido la represión del narcotráfico desde México, para lo cual Washington se dispuso a brindar recursos a gran escala. Para el Presidente mexicano Felipe Calderón (2006-2012), el objetivo principal de aquella política fue la lucha contra el narcotráfico con la implicación del Ejército, y la participación de Estados Unidos en la “guerra contra las drogas”, lo que en su conjunto derivó

en una espiral de violencia en México (Kosévich, 2017). En este contexto, Felipe Calderón le propuso a Bush su plan de cooperación en esta materia, cuyo resultado fue denominado Iniciativa Mérida (IM), que incluyó un apoyo financiero y que se anunció como un nuevo mecanismo para contrarrestar la violencia generada por el narcotráfico. El apoyo de Estados Unidos al amparo de este acuerdo se expresó principalmente en la provisión de equipos y programas de capacitación avanzada.

El PC, la IRA y la IM promovidas por las administraciones estadounidenses y los gobiernos latinoamericanos a principios del siglo XXI, se caracterizaron precisamente por su cobertura regional y subregional, lo que hizo posible involucrar simultáneamente a varios Estados de América Central y del Sur (Delgado, 2011)⁴.

La elección de un enfoque regional se explicaba por el hecho de los procesos de integración extremadamente dispares que tuvieron lugar en el Hemisferio Occidental, los cuales, en su mayor parte, se desarrollaron fuera del control de Washington. El fracaso del proyecto de integración transhemisférica de Estados Unidos para crear el Área de Libre Comercio de las Américas en 2005, sería paralelo a la creciente importancia de las asociaciones regionales de integración ajenas a la presencia de Estados Unidos y Canadá. Esto

3 The White House (2002) The National Security Strategy of the United States of America.

4 <https://www.sipri.org>

confirmaba el aumento del nivel de autonomía regional de Latinoamérica. Es sintomático que la estrategia de seguridad nacional estadounidense de 2006 tuviera por primera vez a Venezuela, cuyo gobierno, encabezado por Hugo Chávez, era visto como una amenaza⁵. Todo esto potenció nuevas iniciativas desde Washington hacia la profundización de la cooperación en el campo de la defensa y la seguridad en Latinoamérica, entre ellas el restablecimiento en 2008 de la IV Flota de la Armada de los Estados Unidos. La restauración de la IV Flota, que fue liquidada en 1950, se produjo en el apogeo del "giro a la izquierda", confirmando el comienzo del nuevo enfoque militarizado de Estados Unidos hacia esa región.

El concepto ampliado de "seguridad multidimensional", planteado desde Washington en el marco de la OEA en 2003, se convirtió en la base de las directrices estratégicas de Estados Unidos en Latinoamérica⁶.

El enfoque para combatir las amenazas a la seguridad ha cambiado: según la nueva geografía con "zonas fuera de control" en Latinoamérica, en los que en caso de inestabilidad, Estados Unidos se reservaba el recurso a la intervención (Winer, 2015).

Giro hacia un enfoque específico para cada país, 2009-2017

El inicio de la presidencia de Barack Obama se caracterizó por la falta de atención de su administración hacia Latinoamérica, a pesar de la relativa actividad a nivel departamental. Destacaron aquí las actividades del Departamento de Estado de Estados Unidos, en cuyo marco se formó un equipo especial para las negociaciones con los países de la región. Debido a la crisis financiera de 2008 y a una serie de problemas internos en Estados Unidos, lo que decayó notablemente en la escala de prioridades de Washington hacia Latinoamérica⁷.

Fue bajo la presidencia de Obama cuando la política exterior estadounidense hacia Latinoamérica pasó de un enfoque regional a uno particular para cada país. Este se basó en la disposición de la administración de Estados Unidos a entablar un diálogo con sus vecinos del continente, donde se tuvieron en cuenta los intereses de los países individualmente considerados, en lugar de imponer unilateralmente su posición. Como resultado de esta política, el Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos lograría un éxito significativo en la cooperación con varios países latinoamericanos. La apertura de Estados Unidos a Cuba, bajo Obama, fue un cambio importante en la política estadounidense

5 The White House (2006) The National Security Strategy of the United States of America.

6 OEA/Ser.K/XXXVIII.2003

7 Datos: U.S. Overseas Loans and Grants.

,tomando en cuenta que el régimen de Castro ha sido una de las principales amenazas de seguridad de Washington durante la Guerra Fría.

El foco de los esfuerzos estadounidenses en materia de cooperación militar bajo la administración de Obama se desplazó hacia Centroamérica, como una macro región tradicionalmente problemática en términos de seguridad y migración (Eguizábal, 2015).

En este sentido, las principales acciones de Washington fueron la Iniciativa de Seguridad Regional de Centroamérica (CARSI) y la Alianza para la Prosperidad en el Triángulo Norte (APTN).

Como parte de los acuerdos CARSI, desde 2009 el Congreso de Estados Unidos aprobó una amplia financiación para Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. La financiación se destinó a la asistencia a policías y militares en la lucha contra el narcotráfico, el tráfico ilegal de armas, el crimen organizado y la migración; el desarrollo del sistema de justicia penal, y la formación de un sistema eficaz para la protección del orden público⁸.

En 2014 se emprendió la iniciativa APTN, en cuyo desarrollo participó activamente Joe Biden, como

vicepresidente de Estados Unidos. Fruto de los acuerdos entre Honduras, El Salvador y Guatemala, y con el apoyo activo de Washington⁹, APTN se orientó a atender el creciente flujo migratorio desde Centroamérica hacia Estados Unidos, lo cual se aseguraba mediante la prestación de asistencia financiera, confirmando una mayor atención de Washington hacia los problemas de los países de Centroamérica (Tulchin, 2010).

Durante la Administración de Obama, Brasil se convertiría en un puesto de avanzada estratégico para Estados Unidos en el campo de la seguridad en Latinoamérica, reconocido por Washington como actor protagónico en región (Villa, 2021)¹⁰.

La reforma migratoria integral fue una de las principales promesas de las campañas electorales de Obama, lo que predeterminó el importante papel de la cooperación de Washington con México y los países del Triángulo Norte, como principales donantes de la migración latinoamericana hacia América del Norte. La cooperación en temas migratorios con estos países alcanzaría cierto éxito.

Al mismo tiempo, las etapas claves en el deterioro de las relaciones Estados Unidos-Venezuela a nivel político

8 Wilson Center. Crime and Violence in Central America's Northern Triangle. 2015.

9 The White House, 14 de enero 2016.

10 The White House (2010) National Security Strategy of the United States of America.

recayeron precisamente con el mandato de Barack Obama: la prohibición de embajadores (2010) y las primeras sanciones contra altos funcionarios venezolanos (2014). Además, las revelaciones de Edward Snowden de 2013 mostraron que la red de espionaje estadounidense se había extendido por toda Latinoamérica, con un enfoque particular en Brasil, Venezuela, México y Colombia.

La amenaza extra-regional como prioridad de la política de seguridad de Estados Unidos

En un período de tiempo relativamente corto, China comenzó a ser percibida por Washington como una amenaza real para la seguridad nacional estadounidense (Tidd, 2015; Richardson, 2021). Fruto de la política de expansión que fue puesta en marcha desde 2004, cuando China anunció sus planes de invertir en Latinoamérica, Beijing devendría en un competidor directo de Washington en la región. A partir de este año, preocupación de Estados Unidos por la incursión de China en Latinoamérica apareció con mayor claridad¹¹, a pesar de que Washington había mostrado mucho antes su preocupación la nación asiática¹², Rusia, también se incorporó a

la agenda de seguridad del Hemisferio Occidental. Sin embargo, nunca ha sido considerada por Washington como un verdadero "competidor" en Latinoamérica.

El "estado de tensión" entre China y Estados Unidos comenzó a sentirse de manera más prominente después de 2015, como resultado de una serie de factores (Lee, 2020). La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de 2017¹³ junto con la Estrategia de Defensa Nacional de 2018¹⁴ dejaron claro que la prioridad en términos de amenazas a la seguridad ha pasado de la lucha contra el terrorismo a la competencia con otras potencias, donde Beijing ocupaba un lugar especial.

A partir de 2017, el término "inadmisión del advenimiento" de competidores extra-regionales comenzó a sonar cada vez más en el discurso público estadounidense en el campo de la seguridad y defensa hemisférica, que enfatizó la importancia de ampliar la cooperación con los gobiernos latinoamericanos, principalmente con sus fuerzas de seguridad nacional, para seguir siendo "el socio militar preferido" (Faller, 2021).

A diferencia de Obama, Trump se caracterizaba por una retórica agresiva y racista contra varios países

11 China Focuses on Latin America," United States South Command, Open Source Report, November 30, 2004.

12 The White House (1994) A National Security Strategy of Engagement and Enlargement.

13 National Security Strategy of the United States of America December 2017

14 U.S. Department of Defense (2018). National Defense Strategy.

latinoamericanos, a los que reconoció como fuente de graves problemas que afectan la seguridad de los norteamericanos. Bajo su administración, la política migratoria se convirtió en un foco clave de la estrategia de seguridad de Estados Unidos en Latinoamérica. Así el foco de atención de Washington se desplazó nuevamente hacia México. Otro tema clave de la seguridad nacional de Estados Unidos se ha convertido en la lucha contra el crimen organizado transnacional¹⁵. A pesar de que en la estrategia de seguridad de Estados Unidos, Latinoamérica siguió siendo una prioridad baja, las relaciones entre Brasil y los EE.UU. en materia militar y de seguridad se han profundizado aún más. Así, se firmó una serie de nuevos acuerdos en esta área. De hecho, Brasil recibió el Estatus de Aliado Mayor No-OTAN. También la financiación de seguridad de Estados Unidos con Colombia se ha incrementado notablemente.

El enfoque liberal-internacionalista de Joe Biden

El nuevo gabinete de Joe Biden ha realizado sus propios ajustes en la política de seguridad estadounidense hacia Latinoamérica, en los que se han identificado dos direcciones principales. La primera trataría de afrontar la inmigración ilegal de los tres principales focos migratorios de Latinoamérica

a Estados Unidos, usando el principal mecanismo de “tender puentes diplomáticos”. En este contexto, Biden, incluso antes de asumir como Presidente, propuso una estrategia de cuatro años de apoyo financiero para Centroamérica, que fue una continuación del plan de asistencia de la APTN creada en 2014 (Meyer, 2021). La Declaración de Los Ángeles, adoptada en 2022, confirma que la migración sigue siendo una de las principales amenazas a la seguridad de Estados Unidos. El objetivo principal del documento fue crear incentivos y mecanismos para los países que reciben el mayor número de migrantes, así como distribuir la responsabilidad en toda la región¹⁶, subrayando la transición a la relación de iguales.

En la Cumbre de las Américas 2022 Biden insistió en un futuro próspero e inclusivo. Pero “la inclusividad” era más declarativa que real, ya que hubo varios países no invitados por no ser considerados lo “suficientemente democráticos”, lo cual llevó al boicot por parte de varios países de las Américas.

Y la segunda dirección clave de la política de Biden en la región vecina fue el aumento de la influencia estadounidense en el campo de la seguridad en América del Sur, donde se asignaría un papel especial a Colombia y

15 U.S. Foreign Assistance to Latin America and the Caribbean.

16 The Los Angeles Declaration on Migration and Protection U.S. Government and Foreign Partner Deliverables

Brasil. En cuanto a Colombia, las relaciones con este país son verdaderamente “especiales” para el propio Biden, dado que, siendo aún Senador, participó personalmente en las negociaciones del PC: en 2022, Colombia recibió el estatus de aliado extra-OTÁN. Por su lado Brasil, cuyo gobierno había demostrado su determinación de entrar en la OTAN y OCDE, se había convertido una vez más en una prioridad para Estados Unidos.

Las acciones militares de Rusia en el territorio de Ucrania, que comenzaron

el 24 de febrero de 2022, condujeron inesperadamente a rápidos cambios positivos en las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela, recordando que estos países han sido históricamente los mayores socios comerciales y económicos.

En general, la política de Biden hacia Latinoamérica, quien tomó como base un enfoque liberal-internacionalista, es similar en muchos aspectos a la de Donald Trump: se ha adoptado un rumbo orientado a restaurar el liderazgo de Estados Unidos en la región.

IV. CONCLUSIÓN

La americanización de la teoría de las relaciones internacionales desde las dos guerras mundiales del pasado siglo definiría un factor determinante en el devenir académico de la disciplina en Occidente. Desde enfoques tradicionales, ya fuera desde el realismo o desde el internacionalismo liberal en su sentido más amplio, y muy presentes en los grandes debates de la disciplina, la reflexión sobre el poder y la seguridad han hecho gravitar en torno a sí buena parte de la producción teórica. Directamente conectadas con las expectativas y objetivos de la política exterior estadounidense y su predominante posición en el curso del pasado siglo, la producción epistemológica en el ámbito de los estudios internacionales ha fluido en el

proceso de coproducción de la política exterior en Estados Unidos a través de las múltiples pasarelas entre el mundo académico y los ámbitos gubernamentales. Ya fuera durante la Guerra Fría o las expectativas y proyectos escenificados a partir de 1989-1991, la prioritaria atención sobre el poder y la seguridad tendría su directo reflejo en la política estadounidense hacia el hemisferio Occidental.

Los diferentes diseños de hegemonía desde las diferentes presidencias estadounidenses en la post Guerra Fría y los imaginarios de poder global para el nuevo siglo americano se proyectarían sobre diferentes diseños políticos hacia Latinoamérica, sin abandonar

nunca la hoja de ruta de los ecos de la Doctrina Monroe.

No obstante, y a pesar de la transformación del sistema de relaciones internacionales del Hemisferio Occidental, que ocurrió bajo la influencia de factores tales como el giro a la izquierda en Latinoamérica y el aumento de la presencia de actores extra-regionales, Estados Unidos logró mantener su despliegue e influencia militar y un

discurso prioritariamente centrado en la seguridad en esta región. Distintos en la forma, pero muy similares en el fondo, los proyectos iniciados en el campo de la defensa y la seguridad en Latinoamérica por las diversas administraciones estadounidenses contribuyeron a la construcción de un sistema asimétrico de relaciones con una jerarquía claramente definida.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Benito, A. (2018) Análisis de la política exterior de Trump desde la perspectiva de las teorías mainstream de las relaciones internacionales. En <http://www.researchgate.net/publication/33263917>
- Arenal, C. del (2015) Americanocentrismo y relaciones internacionales: la seguridad nacional como referente. En Arenal, C. del-Sanahuja, J.A. *Teorías de relaciones internacionales* (pp.21-60), Madrid, Tecnos.
- Arenal, C. del (1993) El nuevo escenario mundial y la teoría de las relaciones internacionales. En VV.AA. *Hacia un nuevo orden internacional y europeo. Estudios en homenaje al profesor Don Manuel Díez de Velasco*, pp. 79-100, Madrid, Tecnos.
- Aron, R. (1963) Guerra y paz entre las naciones, Madrid, *Revista de Occidente*.
- Axelrod, R. (1984) *The Evolution of Cooperation*. New York: Basic Books.
- Baldaro, E.-Dian, M. (2018) Trump's Grand Strategy and the Post-American World Order. *Interdisciplinary Political Studies*, vol. 4, n. 72, 17-45.
- Barbé, E. (1995) *Relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Buzan, B. (1983) *People, States and Fear: The National Security Problem in International Relations*. Londres: Harvester Wheatsheaf.
- Buzan, B.-Hansen, L. (2009) *The Evolution of International Security*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Buzan, B.-Lawson, G. (2012) Rethinking benchmark dates in international relations. *European Journal of International Relations*, on line, 16 de octubre (<https://doi.org/10.1177/1354066112454553>)
- Cockayne, J. (2010) ¿Puede Estados Unidos construir un nuevo orden mundial? En *Vanguardia*. Dossier, n. 34, enero-marzo, 6-13.
- Dobson, A.P.-Marsh, S. (2006) *US Foreign Policy since 1945*. London and New York: Routledge.

- Doyle, M. (1983) Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. En *Phylosophy and Public Affairs*, vol. 132. n. 3, 205-235.
- Eguizábal, C., Ingram, M. C., Curtis, K. M., Korthuis, A., Olson, E. L. y Phillips, N. (2015). *Crime and Violence in Central America's Northern Triangle*. Washington, DC: Wilson Center. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/publication/FINAL%20PDF_CARSI%20REPORT.pdf
- Faller, C.S. (2021) Statement of Admiral Craig S. Faller Commander, United States Southern Command Before the 117th Congress Senate Armed Services Committee. U.S. Senate. Disponible en: https://www.armed-services.senate.gov/imo/media/doc/Faller_03-16-21.pdf
- Fukuyama, F. (1992) *The End of History and The Last Man*. New York: Free Press.
- Garay Vargas, J.L. (2009). Un recorrido por las relaciones Colombia-Estados Unidos: del pragmatismo a la subordinación. *OASIS*. 14 (nov. 2009), 71-81.
- García Pérez, R. (2009) Del 'Nuevo Orden' de G. Bush al 'Eje del Mal' de G. W. Bush (1991-2008). En Pereira, J.C. (coord.) *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, pp, 657-674, Barcelona, Ariel.
- Hardt, M. & Negri, A. (2000) *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hoffman, S.H. (1991) Una ciencia social norteamericana: relaciones internacionales. En Hoffman, S.H. Jano y Minerva. *Ensayos sobre la guerra y la paz* (pp.17-36), Buenos Aires, GEL.
- Huntington, S.P. (2005) *El choque de civilizaciones*. Madrid, Barcelona: Paidós.
- Huntley, R. (1998) *Pax Democratic. Strategy for the 21st Century*, Palgrave MacMillan.
- Keohane, R. (1984) *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- Kosévich, E.Y. (2017). México: estrategia de seguridad y de la lucha contra el crimen organizado. *Iberoamérica*, (1), 74-95.
- Kissinger, H. (2010) *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B.
- Krauthammer, Ch. (1990) The Unipolar moment. En *Foreign Affairs*, vol. 70, n. 1, 23-33.
- Lee, C.A. (2020). Trump's Dangerous Militarization of Foreign Policy. *Foreign Affairs*. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-10-19/sleepwalking-world-war-iii>
- Mearsheimer, J.J. (2001) *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W.W. Norton.
- Meyer, P. J. y Martin, R.L. (2021). US foreign assistance to Latin America and the Caribbean: FY2021. Congressional Research Service. Disponible en: <https://sgp.fas.org/crs/row/R46514.pdf>
- Morgenthau, H. (1948) *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. New York: Routledge.
- Murphy, M.F. & Steele R.H. (1973). *The World Narcotics Problem: The Latin American Perspective. Report of Special Study Mission to Latin America and the Federal Republic in Germany*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.

- Nye, J.S. Jr (2003) *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.
- Ortega, A. (2002) “El diseño del nuevo imperio.” *El País*, 1 de diciembre.
- Pereira, J.C. (1996) Hacia un nuevo orden mundial. En Martínez Carreras, J.U.-Sánchez Jiménez, J.-Pereira, J.C.-Martínez Lillo, P.A.-Neila, J.L. *Historia del mundo actual*, pp. 511-533, Madrid, Marcial Pons.
- Pérez de Armiño, K. (2015) Estudios de seguridad: de la visión tradicional a los enfoques críticos. En Arenal, C. del-Sanahuja, J.A. *Teorías de relaciones internacionales* (pp. 301-328). Madrid: Tecnos.
- Ponce, A. (2002). Iniciativa Regional Andina: una estrategia integral para tiempos de guerra global. Vocero APDH.
- Richardson, L. (2021). Senate Armed Services Committee Advance Questions for LTG Laura J. Richardson, USA Nominee to be Commander, United States Southern Command. U.S. Senate. Disponible en: <https://www.armed-services.senate.gov/imo/media/doc/Richardson%20APQ%20%20Responses3.pdf>
- Romano, S.M. (2012). Seguridad hemisférica, asistencia y democracia a inicios de la Guerra Fría. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 7(1), 211-240.
- Santamaría, C. (2021) “¿A quién considera Estados Unidos una democracia? *El Confidencial*, 12 de noviembre.
- Sánchez Mateos, E. (2002) Europa y la seguridad global en el Mediterráneo. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n. 57-58, pp. 7-28.
- Sodupe, K. (2003) *La teoría de las relaciones internacionales a comienzos del siglo XXI*. Zarauz, Universidad del País Vasco.
- Spykman, N.J. (1944). *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt Brace & Co.
- Tidd, K. (2015). Advance Questions for Vice Admiral Kurt W. Tidd, USN Nominee for Commander, United States Southern Command. U.S. Senate. Disponible en: https://www.armed-services.senate.gov/imo/media/doc/Tidd_APQs_12-09-15.pdf
- Tulchin, J.S. (2010). *La política y los intereses de seguridad de Estados Unidos en Latinoamérica*. Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung
- Todd, E. (2003) Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano. París: FOCA.
- Tovar Ruiz, J. (2018) La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n. 120, 259-283.
- Villa, R.D., de Macedo Braga, C. & Ferreira, M.A.S.V., (2021). Violent Nonstate Actors and the Emergence of Hybrid Governance in South America. *Latin American Research Review*, 56(1), pp.36–49. DOI: <http://doi.org/10.25222/larr.756>
- Walt, S.M. (1987) *The Origins of Alliances*. Ithaca (NY, EE.UU.): Cornell University Press.
- Waltz, K. (1979) *Theory of International Politics*. Reading (MA, EE.UU.): Addison Wesley.
- Winer, S. (2015). *Doctrina de inseguridad mundial: Paraguay como laboratorio de Estados Unidos en la región*. Argentina: Prometeo Libros.